



Matías Manelli*



Hoy es mañana. Reflexiones sobre tiempo, escuela y jóvenes

Pedro Núñez

Buenos Aires
Editorial: Aique Educación
ISBN: 978-987-06-1056-4
1ª edición: 2023
Formato: 23 x 16 cm / 208 pp.

La paradoja que presenta el libro *Hoy es mañana. Reflexiones sobre tiempo, escuela y jóvenes* de Pedro Núñez sintetiza el desafío que atraviesa sus cuatro capítulos: producir un registro reflexivo y en perspectiva a partir de un momento inasible y para un fenómeno en movimiento. El momento a capturar es el de la pandemia de covid-19 y el fenómeno en movimiento al que asistimos es el de las transformaciones de la escuela secundaria y la experiencia juvenil.

Para ello, la figura de la carta de navegación es pertinente: el autor se sirve de la colección de herramientas teóricas y evidencia empírica producida en el marco de las disciplinas preocupadas por la cuestión educativa en las que se inserta, a la vez que apela permanentemente al cine y la literatura como recursos heurísticos, en pos de articular una bitácora sobre los cambios a los cuales asistimos. El eje articulador de la obra es el de la reconfiguración de los tiempos y espacios escolares en general y juveniles en particular.

Como punto de partida, el Capítulo 1 reconstruye el escenario actual del nivel secundario en América Latina y, particularmente, en Argentina. El estado de situación, plantea el autor, responde a distintos procesos que se desarrollaron en las últimas décadas y alteraron la configuración de los sistemas educativos. En este

* Abogado y profesor en Ciencias Jurídicas por la Universidad de Buenos Aires (UBA), magíster en Ciencias Sociales con Orientación en Educación (FLACSO) y becario de doctorado UBACyT. Correo electrónico: mmanelli@derecho.uba.ar

punto, se destacan la extensión de la obligatoriedad hasta incluir el nivel secundario y el aumento sostenido de la matrícula producto de la expansión de la cobertura que resulta de dicha tendencia. Estos procesos no se dieron de igual modo en la región, sino que estuvieron siempre condicionados por la organización de los Estados y la administración de los recursos para el financiamiento educativo. Con independencia de ello, Núñez se ocupa de marcar los aspectos problemáticos que se presentan a partir de estas dinámicas: la masificación del nivel, en sociedades cada vez más desiguales y a través de circuitos educativos cada vez más diferenciados, se traduce en múltiples desigualdades, que se materializan tanto en el acceso al nivel como en la propia trayectoria por la escuela secundaria, con porcentajes considerables de intermitencia y una marcada desigualdad en términos de tasa de asistencia, condicionadas por las características socioeconómicas del estudiantado. Si la cuestión de la retención y el egreso representa un desafío y una tensión para el nivel secundario (por la persistencia de una matriz institucional excluyente y la manifiesta desigualdad en la oferta educativa en un sistema descentralizado y fragmentado), la pandemia de covid-19, ilustra el autor, no hizo otra cosa que visibilizar y exacerbar estas dinámicas preexistentes. Las estadísticas presentadas al respecto son elocuentes y muestran los desafíos por delante para la escuela secundaria ante los cambios de la población destinataria. Esta sistematización de la evidencia disponible no se presenta como un fin en sí mismo.

La marca distintiva del libro de Núñez es el juego que propone a partir de estos datos: las imágenes literarias dialogan con los referentes teóricos provenientes de la bibliografía especializada, que confluyen en una mirada integral y profunda sobre el fenómeno de la desigualdad. Al respecto, el autor repone la centralidad de la experiencia escolar en la conformación de las identidades y, en definitiva, de las experiencias vitales; las desigualdades en el acceso y las trayectorias en la escuela no son anecdóticas, sino que definen las formas de lo individual y lo colectivo que se proyectan en nuestras sociedades. En estas experiencias desiguales, marca el autor, el tiempo constituye una dimensión central. Es así que se detiene en los distintos aspectos que se implican en esta variable, como pueden ser: la disociación entre las trayectorias teóricas y las trayectorias reales, la intensidad (o calidad) del tiempo destinado al aprendizaje (incluyendo escenarios paradoja como el de las horas libres o bien el tiempo extrainstitucional para el estudio), las desigualdades socioculturales (como es el caso de las brechas de género) en el trabajo no educativo (específicamente, el trabajo doméstico y de cuidado), entre otros aspectos que condicionan y exhiben las complejidades que debemos tener presentes a la hora de pensar los ritmos institucionales. Estas problematizaciones son proyectadas sobre el momento de la pandemia, que se caracterizó por alterar los tiempos escolares con crudeza. Las respuestas institucionales a la virtualización de la escolarización en el contexto de emergencia fueron disímiles y mostraron, también, experiencias y, lo que es más, condiciones de posibilidad desiguales: propuestas con distintas cargas de trabajo sincrónico o asincrónico como postal de las experiencias diferenciadas y obstáculos materiales en cuanto a conectividad como marcas de las posibilidades desiguales.



Por su parte, el Capítulo 2 presenta discusiones conceptuales vinculadas con las transformaciones culturales que se dieron en el sistema educativo y, consecuentemente, se exploran allí distintas dinámicas de temporalidad producidas en lo escolar como resultado de la imbricación entre la propuesta institucional de la escuela secundaria y las experiencias juveniles. Esta relación resulta fundamental, en términos del autor, para comprender a la escuela secundaria en su especificidad, y es por ello que el libro ofrece coordenadas teóricas para definir el tiempo como un elemento estructurante de la gramática escolar, y a la escuela, en definitiva, como clave para entender a esta institución en cuanto transmisora de conocimientos y reguladora de conductas. Luego, el autor pone en juego dichas coordenadas para caracterizar las experiencias escolares juveniles. En primer término, destaca que las múltiples dimensiones de desigualdad que ingresaron a la escuela secundaria en el marco de su masificación se proyectaron, a su vez, en un sistema educativo fragmentado, que ofrece oportunidades diferenciadas para estudiar y distintas condiciones para el acceso (distintos formatos institucionales, diferencias en cuanto a los recursos e incluso diferenciación de circuitos dentro de una misma escuela). Ya sean explícitos o más sutiles, los mecanismos que operan dentro de los distintos formatos contribuyen a la segmentación del estudiantado y se suman a los factores generales mencionados en el capítulo anterior. En este orden de ideas, el autor repara en una dinámica circular que reproduce esta segmentación: a las condiciones materiales se incorporan las simbólicas, expresadas en las valoraciones que las familias hacen de cada circuito educativo y los proyectos y expectativas asociados a cada formato (como puede ser el clivaje público/privado, pero también la modalidad técnica, o bien la pertenencia a una universidad nacional).

En segundo lugar, se exploran las dimensiones que hacen al trayecto particular por el nivel secundario. Allí, Núñez recupera distintos abordajes cualitativos que le permiten sostener que los jóvenes reconocen a la escuela secundaria, más allá de las discusiones vigentes sobre su finalidad, como una instancia bisagra de “una burbuja a otra”. Es en ese sentido que el libro pone sobre la mesa el carácter central de la escuela en la conformación de la cosmovisión juvenil, que en la especificidad de este nivel implica nuevas instancias de socialización, nuevas prácticas y nuevos ritmos. La reflexión, en este caso, pasa invariablemente a la pandemia, período durante el cual se intensificó el debate educativo alcanzando un lugar inédito en la agenda pública. El libro presenta una lectura crucial sobre este hito: la suspensión de la escolaridad presencial supuso la resignación de un valor central de este dispositivo: la grupalidad, el encuentro con otros y el reconocimiento de ciertos estándares teóricos y prácticos relativos al trabajo docente. En este sentido, los distintos abordajes sobre el período recapitulados por Núñez parecen atestiguar una suerte de *duelo* por el aula ausente: la reivindicación del rol de los espacios de representación gremial estudiantil y los órganos tutoriales de gestión de la convivencia escolar en la contención de los estudiantes; la preocupación por la falta de clases sincrónicas como soporte del trabajo escolar; el desgaste debido al esfuerzo por replicar las temporalidades

institucionales presenciales ante la *domesticación* del espacio escolar; o las dificultades para conciliar la actividad académica y la vida familiar, son aspectos que se presentan como postales de la articulación de una relación difícil, y acaso también paradójica, entre el acompañamiento y sostenimiento de las trayectorias y la aspiración a una continuidad respecto de la escolaridad presencial. Como corolario, se reflexiona sobre la desigualdad que se da, también, con relación a las expectativas de futuro en los estudiantes conforme los distintos clivajes confluyen en la fragmentación del sistema educativo, lo que consume una suerte de itinerario por el ayer, hoy y mañana de la escuela.

El Capítulo 3 desarrolla un punto particular de la experiencia juvenil en la escuela secundaria: los procesos de politización que en ella tienen lugar. Si la pandemia demanda una carta de navegación, aquí el libro propone otra figura: la de un mapa a remarcar, para caracterizar las formas de sociabilidad juvenil y las formas en las que se configuran las experiencias en la institución escolar. Tras una historización de la relación ciudadanía/escuela (constitutiva de los sistemas educativos), Núñez repasa algunas de las complejidades asociadas al rol de la escuela respecto de la construcción de la ciudadanía: la consagración del par igualdad/diversidad, la consolidación de perspectivas de ciudadanía *en común* en un contexto en el que el sistema educativo “ha perdido la capacidad de imposición de un orden simbólico” (p. 114) y el desafío que tiene, en definitiva, un sistema educativo fragmentado para un mundo fragmentado. El autor apela en este marco a una definición amplia de ciudadanía para comprender los múltiples elementos asociados a ella, tales como la convivencia, la democracia y la configuración de las corporalidades, entre otros, y, además, deja en claro que la imposibilidad de establecer una definición cerrada de ciudadanía no es otra cosa que una exhortación a indagar los intereses, demandas y formas de organización a partir de los cuales la ciudadanía, escurridiza, se despliega en las tramas escolares.

El libro recorre, en este sentido, la imbricación mutua entre la agenda pública y la agenda juvenil, las demandas centrales del colectivo en los últimos años y las dinámicas de los distintos espacios para la formación ciudadana, los cuales se diferencian por sus marcos tutelares, pedagógicos o autónomos. El material empírico producido por el autor y su equipo de trabajo en los últimos años permite reconocer preocupaciones comunes acerca de las cuestiones de género y diversidades, curriculares e institucionales, proyectadas en distintos reclamos. La recapitulación de las investigaciones recientes sobre estos temas no es esquemática, sino que permite al autor marcar algunos trazos en el mapa propuesto al comienzo: el desdibujamiento del límite entre la identidad juvenil y estudiantil, las tensiones entre la propuesta institucional-docente y la circulación de las voces juveniles y los formatos y repertorios performativos, son (apelando a un término del autor) viñetas de tiempos suspendidos, espacios expandidos o alterados y límites borronados.

En línea con los capítulos anteriores, la pregunta por la pandemia sostiene la misma hipótesis. Distintas aproximaciones regionales y nacionales muestran tendencias asociadas a la politización a través de las agendas de género, con la



emergencia de expresiones reaccionarias como reverso. En este punto, la pandemia tampoco es leída como un quiebre, sino más bien como un momento de exacerbación de conflictos y tensiones previas, en la sociedad y en la escuela.

Más allá de la advertencia sobre el alcance de las dinámicas de participación estudiantil institucionalizadas en el sistema educativo en general, que el autor se ocupa de hacer desde la definición amplia de ciudadanía que asume, la participación estudiantil parece haber sido interpelada particularmente por el contexto de pandemia. Los Centros de Estudiantes (espacios de participación estudiantil por definición) se reorganizaron, durante la emergencia sanitaria, como espacios para el sostenimiento de las trayectorias estudiantiles. Esta referencia no es menor respecto del juego de temporalidades que el libro propone, ya que deja en claro que el presente escolar como máquina para proyectar futuros tuvo que ser *más presente*.

La pospandemia, sostiene el autor, muestra las instancias de formación ciudadana, sin importar cuáles sean estas, como claves para la conformación de las cosmovisiones juveniles. Como cierre del capítulo, la centralidad de la escuela como espacio de socialización, politización y aprendizaje de derechos es clara, pero las preguntas sobre el impacto de la pandemia quedan abiertas. Aquí el libro hace palpable su valor y aporte: ante la falta de respuestas concretas, el acervo de conocimiento disponible y la interrelación reflexiva que el autor realiza sí trazan lecturas posibles.

Acaso el Capítulo 4, que cierra el libro, sea el que muestre con mayor claridad las aspiraciones de su autor. En él se presenta un conversatorio que incluye a académicos del área, miembros de equipos directivos escolares, docentes y estudiantes, sobre tres grandes ejes: (i) sentidos y experiencias en torno a la escuela secundaria; (ii) experiencias significativas para los procesos de enseñanza y aprendizaje; y (iii) desafíos a futuro para la escuela secundaria y las políticas educativas. El intercambio cumple el rol de cierre de la obra, ya que las ideas que allí se comparten parecen ser la encarnación, en la voz de los agentes de la comunidad educativa, de las distintas reflexiones que se hilvanan en el libro. La escuela como lugar de encuentro, como organizadora de experiencias, como eje, hace volver una y otra vez a las claves presentadas por Núñez en torno a la problematización del espacio, el tiempo y lo juvenil. Sobre el final, las coordenadas introducidas en los capítulos anteriores organizan la lectura y permiten reconocer, en las percepciones de los profesionales de la educación (y los jóvenes), preocupaciones comunes y preocupaciones por lo común.

En síntesis, el libro constituye un aporte significativo que, escrito desde el campo académico y con los materiales producidos en él, no pretende agotarse en el circuito cerrado en el cual, a veces, este tipo de producciones puede caer, sino que se presenta como una propuesta de conversación con la comunidad educativa, como la que clausura el libro.

